IGLESIA DIOCESANA

Manuel Arizcun, primer padre de familia navarro beatificado

Santiago Cañardo



Recreación de la imagen de Manuel Arizcun y Ruperto de la Cruz. CEDIDA

HOY, 7 de noviembre se celebrar en Santander la beatificación de 80 mártires, víctimas de la persecución religiosa acontecida al inicio de la guerra civil española. Entre ellos, subirán a los altares dos navarros: el hermano carmelita Ruperto de la Cruz Andueza Larraya, portero del convento de Santander, y el laico Manuel Arizcun, padre de familia y presiente diocesano de la Acción Católica de Navarra en el momento de su martirio en Cantabria, donde se encontraba veraneando con su familia. Con ellos, son ya 106 los mártires navarros del siglo XX beatificados. Su memoria litúrgica se celebra de forma conjunta el 6 de noviembre de cada año. La lista seguirá creciendo. Pronto se incorporará a la misma el hermano Gabrielista Cesáreo Villanueva Iriarte, natural de Jaurrieta.

La beatificación de Manuel Arizcun representa un hito en la historia del santoral de la Iglesia en Navarra. Nuestra tierra cuenta con una rica historia de santos y beatos, que van desde la antigüedad cristiana hasta el siglo XX, el de mayor número de fieles elevados a los altares. En esa larga historia, aparecen hombres y mujeres que han vivido el seguimiento de Cristo en diferentes estados de vida: pastores (San Fermín, San Gregorio de la Berrueza, San Ezequiel Moreno...); monjes (San Veremundo de Irache, San Raimundo de Fitero, San Virila de Leyre), misioneros (San Francisco Javier, Beato Esteban de Zudaire, Beato Faustino Villanueva); vírgenes (Santas Nunila y Alodia, Beata Catalina Irigoyen,...); fundadoras de congregaciones religiosas (Santa Vicenta Mª, Beata Ascensión Nicol),... El mayor número corresponde, como en el conjunto de la Iglesia, a los mártires, porque el martirio siempre ha representado el testimonio supremo de la fe, la esperanza y la caridad.

Sin embargo, en este rico santoral navarro faltaba un representante de la vocación más universal a la santidad entre los fieles cristianos: la del matrimonio. Ahí radica la novedad aportada por la elevación a los altares de Manuel Arizcun, un padre de familia numerosa, que ante todo cuidó de su esposa y de sus nueve hijos. Su primer campo de apostolado fue su propia familia: «Deseo que mis hijos tengan un corazón bondadoso y sensible. El que lo tiene habla con humildad a todos, porque en todos respeta la dignidad humana; se interesa por el bien de los demás y siempre estará al lado de los caídos».

A partir de ahí, su rico apostolado se extendió por toda Navarra durante los turbulentos años de la II República, en la Asociación católica de padres de familia, en la Acción Católica y en la Hermandad de la Pasión. En enero de 1936 decía en una charla a los catequistas de Navarra: "Es hora de ser cristianos activos, es hora de mirar con caridad a todos los hombres".

A Manuel se le presentaron diferentes alternativas a lo largo de su vida. Sostenido en todo momento por la gracia de Dios, él siempre eligió seguir a Cristo. Dejó una brillante carrera militar, a la que podía haberse reincorporado para salvar su vida. No lo hizo, porque quiso permanecer fiel al Señor, cuidando de los suyos hasta los últimos momentos, nutrido interiormente por la oración y la comunión eucarística, recibida por él y por su familia de forma clandestina. Así vivió en persona lo que había dicho unos meses antes de su martirio en una conferencia a las juventudes de la Acción Católica, reunidas en Huarte: "El secreto de la vida espiritual está en la piedad. El medio más eficaz es la eucaristía, en la que encontraréis ese temple para el alma, tan necesario e imprescindible".

La sangre de los mártires es siempre semilla de nuevos cristianos. El nuevo beato nos anima a todos en la nueva evangelización a la que todos estamos convocados, pues, como nos recuerda el apóstol de los gentiles, todo lo podemos en Aquel que nos conforta.

Santiago Cañardo es sacerdote y delegado para las causas de los santos



Dos menores entrelazan sus manos. JESÚS GARZARON (ARCHIVO)

Encuentro de oración para padres de hijos con discapacidad

• Será el domingo 15 de noviembre en Pamplona, abierto a familias que "necesiten encontrar su lugar en la Iglesia, para compartir"

PILAR FDEZ. LARREA Pamplona

Observaban que en la diócesis "hay un vacío para los padres de hijos con discapacidad o enfermedad, un espacio donde se pueda vivir y compartir, poniendo en el centro a Dios". Clara Acebrón Arizcun es una de las impulsoras del encuentro de oración previsto para el próximo domingo 15 de noviembre y dirigido a padres de hijos con discapacidad o enfermedad. Será en la residencia Iranzu, en el número 25 (trasera) de la calle Iturrama de Pamplona y habrá servicio de guardería, bajo petición. A las 17.30 horas tendrá lugar la acogida y desde las 18 horas, "adoración y compartir".

Clara Acebrón y su marido son padres de un niño con discapacidad y ella sostiene que "asumir la discapacidad de tu hijo es un proceso". Repara en que "a veces son situaciones duras" y considera que el encuentro que proponen puede ser una manera en que todos se puedan ayudar. "Igual alguien que está más tranquilo te puede ayudar a ti", expone. "Pero no se trata de un grupo de autocompasión, si no de un espacio que nos tire para arriba con la mirada fija en el Señor. Para la vida", reflexiona Clara.

Es el primer encuentro que organizan en la diócesis y desconocen la respuesta que tendrá. "Queremos hacer una acogida, conocer las necesidades, la situación de los hijos, ofrecer y compartir. Tal vez haya ya muchas personas que tenga su espacio en su comunidad, en su parroquia, pero otras muchas no", enfatiza.

Explica Clara Acebrón que germen de la iniciativa está en el inicio de curso el pasado septiembre, en la Delegación de Familia, cuando una persona explicó que una amiga suya tiene un hijo con discapacidad y "no encuentra su lugar en la Iglesia". "Entonces nos juntamos y pensamos en el encuentro de oración, porque el Señor nos ha puesto en este mundo de la discapacidad y hay que ser luz, florecer donde te han plantado", concluye.

MANTENER ENCENDIDA LA LÁMPARA

Domingo XXXII del tiempo ordinario (A)

LA BUENA NOTICIA
José Antonio Goñi

EN el evangelio de este domingo los fariseos El evangelio de este domingo nos presenta la parábola de las diez jóvenes que esperan la llegada del esposo. Todas llevan lámparas, pero solo algunas han previsto el aceite necesario para mantenerlas encendidas cuando la espera se prolonga.

La imagen nos recuerda que no basta con comenzar; también hay que saber permanecer. Podemos iniciar proyectos con entusiasmo y abandonarlos cuando llegan la rutina y las dificultades. Algo semejante sucede con nuestra fe: tras los momentos de fervor, los buenos propósitos pueden perder fuerza si dejamos de alimentarlos.

El aceite de la parábola nos invita a pensar en aquello que mantiene viva nuestra relación con Dios: la oración, la eucaristía, la escucha del Evangelio, el servicio a los demás, el silencio o la capacidad de volver a empezar. Son reservas que se cultivan día a día y que no podemos improvisar en el último momento. La fidelidad se sostiene con gestos sencillos, repetidos incluso cuando no sentimos un entusiasmo especial.

Las jóvenes prudentes están preparadas para una espera que puede alargarse. También nosotros esperamos muchas veces una respuesta, una solución, un cambio o una etapa nueva. No siempre podemos decidir cuándo llegará lo que deseamos, pero sí cómo vivimos mientras tanto.

Jesús concluye con una invitación: «Velad». Velar es permanecer atentos, cuidar lo esencial y evitar que las prisas, las preocupaciones o la costumbre apaguen poco a poco lo que da sentido a nuestra vida.

Esta semana podemos preguntarnos qué lámpara sigue encendida en nosotros, pero necesita más aceite para continuar alumbrando mañana.

Copia para uso exclusivo de 296176 - c63f8ffabda44b22814ef7adc11bbf61